

El puño, la letra y el pie

Una certeza tenue pero persistente de torpeza congénita y terminal fue una de las primeras cosas que Nino tuvo de sí mismo. La desprolijidad, le decía habitualmente la señorita Pastorino, era irremediable. A veces, mientras la mujer le gritaba, Nino con la cabeza baja se buscaba en las manos alguna anomalía en la pigmentación de la piel o alguna deformidad menuda pero atroz en la curvatura de los dedos que diera indicio físico de los defectos espirituales que la señorita Pastorino veía con claridad y sabía con certeza.

Otras veces, sin abrigo bajo los azotes de la voz crispada de la maestra, Nino imaginaba que su cuerpo supuraba su mal en una sustancia viscosa que llenaba y eventualmente rebalsaba sus bolsillos manchando sus pantalones grises y su camisa blanca de uniforme. Incapaz de disimular el horror para todos visible, sentía la vergüenza treparle lenta desde los pies enredándose en las piernas y buscando el cuello para estrangularlo. Después imaginaba esa miel oscura y amarga corriendo con fuerza torrencial y ciega por la superficie de su

pupitre ahogando sus cuadernos, engullendo su cartuchera y rebalsando su mochila. Veía su desdicha cubrir todo lo que él era y a él pertenecía con una membrana de indignidad pegajosa que la señorita Pastorino le mostraba con los gestos francos y claros del asco.

Nino imaginaba que eran estos áridos paisajes que le suponía a su cuerpo o alternativamente la extraña purulencia que de él emanaba los que hacían cada uno de sus esfuerzos y cada uno de sus gestos ridículos a los ojos que le suponía a los demás.

Pero como a todo chico de 9 años a Nino también lo protegía el encadenamiento ininterrumpido de intenciones repentinas que se nutre de la indomitable curiosidad infantil y aunque el torrente de mundo nuevo con sus asombrosas delicias y horrores fascinantes no era inmune a los embates de la humillación y de la vergüenza, era suficientemente poderoso como para forzarlo a torcer la vista lejos de sí mismo.

Ningún horror era tan fascinante ni ninguna delicia era tan asombrosa como la que inspiraba Ana Lozano. También a los 9 años, su compañera de clase estaba definida por un número probablemente determinado de líneas rectas que convergían en otros varios tipos de rigores geométricos. Con impecable

sobriedad, el pequeño cuerpo se resolvía en márgenes de agudos filos. Si los rasgos faciales de Anita, como la llamaba, su madre y la señorita Pastorino, alguna vez abandonaban su robusto marco era solo para denunciar en gestos más o menos mínimos una displicencia metafísica que no parecía hacer salvedades para nada ni para nadie.

De la mano de su madre, la nena llegaba a la puerta de la escuela cinco minutos antes de las ocho haciendo alarde de una pulcritud clínica construida sobre el blanco immaculado de la blusa del uniforme que a las luces empedernidas y últimas de verano a las que el sol de marzo se aferra enceguecían a Nino. Tras el riguroso ejercicio ritual de halagos mutuos y trivialidades corteses al que las dos mujeres se entregaban, a las ocho en punto era encomendada Ana Lozano a las atentas manos de la señorita Pastorino.

Lejos de ser un reflejo último del sol estival, para Nino, el fulgor brillante en el que Ana Lozano llegaba a la escuela, saltaba sogas, elásticos o rayuelas en los recreos y se iba a media tarde de la mano de su mamá dejando como estela una variedad espectral de crepúsculo, emanaba de su cuerpo con la misma naturalidad que la desprolijidad, lejos de ser un reflejo último del placer lascivo que

se nutre de la saña y la malicia banal, emanaba del suyo.

Anita se sentaba en el primer banco directamente frente al escritorio de la señorita Pastorino y allí frente a todo el resto de la clase, las dos trazaban una geografía de intimidad casi doméstica, extraviando por horas enteras entre el decorado de láminas didácticas, mapas y guirnaldas con colores patrios, las miradas pululantes y curiosas de sus otros alumnos.

Para Ana Lozano, que había aprendido a mirar solo al frente, el mundo infantil que burbujeaba a sus espaldas era apenas intuido intermitentemente para luego sumirse nuevamente en la bruma de la semiexistencia a la que su bien educada indolencia los relegaba. En los suburbios últimos de esa semiexistencia con las espalda contra la pared del fondo pasaba las horas de escuela Nino.

Desde su asiento Nino solo veía la nuca de Ana siempre adornada espléndidamente por una trenza oscura que nacía entre las hebras cuidadosamente peinadas y cómo una serpiente fabulosa dormitaba las horas de clase con el cuerpo lánguido recostado sobre uno u otro hombro de su dueña. Cuando Ana era invitada a pasar al pizarrón, lo cual ocurría con frecuencia, la trenza se despertaba

brevemente para reacomodarse y continuar con su sueño centinela.

Desde su asiento, Nino tenía también una imagen clara del apenas disimulado regocijo de la señorita Pastorino haciendo celosa guardia a las puertas del futuro que le auguraba a la nena. Con la mirada protegida por el presunto horror que emanaba de su cuerpo, por la neblina de apatía que se abría a espaldas de Ana así como por el infranqueable ángulo al que hubiese debido someterse la atención de la señorita Pastorino para encontrar sus pupilas, Nino era testigo de la poderosa fuerza que la cara oculta de la nena ejercía sobre la maestra.

El chico tenía una idea aproximada de lo que sucedía del otro lado de Ana. Sabía, por haberlo visto camino al patio o al baño, que el orden que reinaba sobre su banco era espartano. Adivinaba en la mirada de la señorita Pastorino que a diferencia del fangal que su desprolijidad hacía de su pupitre, el de Ana era limpio y seco. Había visto la cartuchera celeste abierta con sus lápices de colores ordenados siguiendo las estrictas reglas de régimen cromático infantil que demandaba que por orden de intensidad, los amarillos sigan al blanco, los naranjas a los amarillos, los rojos a los naranjas, los

purpuras a los rojos, los azules a los púrpuras y los grises a los azules para terminar en la oscuridad sobria si bien inerte del lápiz negro. Intactos en la misma cartuchera que los dos años anteriores, los viejos lápices seguían siendo nuevos y gozando de especial cuidado. Entre ellos el más nuevo y el más cuidado de todos era, por supuesto, el rosa.

Nada, sin embargo, hacía gala de la pasión con la que la nena sabía rendirse a los poderes soberanos de la prolijidad candorosa en la que ni la sombra de un pensamiento adverso a la magnanimidad de la señorita Pastorino podía esconderse como el catálogo de sumisión que registraba laboriosamente en su cuaderno Rivadavia de tapa azul.

Cuatro eran los instrumentos de los cuales se valía Ana Lozano en el ejercicio diario de la docilidad. Una lapicera cargada de tinta azul que como su dueña esperaba siempre atenta y lista a satisfacer las más mínima demanda de la señorita Pastorino, una regla de plástico transparente cuyo canto no había sufrido una sola herida ni portaba una sola cicatriz después de dos años de uso diario, un lápiz azul que a diferencia de los que atesoraba en su cartuchera celeste estaba reservado para el uso pero que al igual que el resto no tenía aspiración alguna de brindarle color a ninguna

forma y por último un sacapuntas de bronce con el que el lápiz era devorado, a veces en no más de una semana, a fin de garantizar un instrumento de filo quirúrgico.

Era la regla el principal medio que Ana utilizaba para extender las aristas con que la madre organizaba cada mañana el cuerpo de su hija a la pulcritud de la página de renglones. Las finísimas líneas azules de una rectitud admirable enfatizaban la autoridad de los títulos de ejercicios, redacciones o dictados y certificaban la meticulosidad de la mano de la escriba, imitando desvergonzadamente el renglón que las guiaba. Con bordes de igual filo, Ana enmarcaba tablas de multiplicación o de conjugación asegurando atentamente la cuadratura del marco. La regla era también utilizada para dibujar. Soles, lunas, arcoíris, lagos, naranjas, pelotas, ruedas y tambores pero también estrellas, ríos, ojos y bocas, hojas y flores, manos y narices eran sometidos a una redescrípción estricta que preservaba los acentos con los que la señorita Pastorino asignaba la tarea de libertad e ingenio. En el universo que Ana retrataba en su cuaderno, las negligencias formales de la biología, de la geología, de la meteorología o de la física eran corregidas por la voluntad férrea de obediencia y el severo plástico transformando

toda fuerza vital en materia opaca, regular y muerta.

La señorita Pastorino repasaba casi diariamente y luego mostraba como ejemplo ilustre a sus otros alumnos el trabajo de Ana como una expresión acabada de lo que la dedicación y la diligencia eran capaces. Pero si la prolijidad diáfana de la nena, de sus bordes y superficies, de sus útiles y de su trabajo parecían tener un efecto narcótico sobre la mujer, la verdadera comunión de estas dos almas ocurría durante los dictados. Dos veces por semana, la maestra hacía a sus alumnos sacar una *hojita* y escribir frases tenuemente encadenadas, cada una enunciadas con una lentitud glacial que primero fastidiaban a Nino y después lo arrastraban en una corriente de estupor contra la que debía luchar tenazmente para no ser ahogado por el sueño. Muy por el contrario, la atención de Ana no necesitaba de un objeto, se movía vigorosamente detrás del mero placer que le proporcionaba verse invocada desde lo alto. La nena recogía con una atención minuciosa el sonido de cada sílaba que instintivamente podía contar apoyándose sobre el ritmo de los pentámetros dactílicos en los que la señorita Pastorino leía. Con el mismo placer absorbo que Ana volcaba las palabras sobre el renglón,

la señorita Pastorino veía desde su púlpito el minucioso arabesco azul nacer bajo el puño de la nena y plasmar el imperio de su voz sobre la palidez distante de la hoja de cuaderno. La atención de su alumna dilecta no dejaba escapar siquiera las respiraciones que brotaban entre las palabras en espacios levemente más amplios y quizás más blancos que los que abrazaban a otras palabras. En tanto, la voz de la maestra recompensaba la solicitud pausando y acelerando la lectura según el movimiento de la lapicera de Ana que establecía tal vez involuntariamente la dificultad del ejercicio para todo el resto de sus compañeros de clase.

Al ofrecerse con docilidad sumisa a la voz del dictado, Ana se sentía liberada de responsabilidad por palabras incorrectas o por sus frutos insalubres, las ideas equivocadas. Este mismo miedo a dejar asentado en azul sobre blanco el error que envenenara el cuerpo inmaculado de su cuaderno paralizaba su lapicera cuando la tarea era componer redacciones. Menos arduos y peligrosos que los ejercicios de libre escritura pero más inciertos que los dictados, eran los *problemitas* de matemática cuyo árido territorio Ana había aprendido a navegar practicando una forma más solitaria de la obediencia pero que,

incluso sin la salvaguarda de la voz de la maestra, se valía de su eco y de una idea inviolable de método para establecer el orden del proceso de resolución, asegurar la prolijidad y, por consiguiente, la claridad de la presentación y por último asentar el resultado del ejercicio en una frase simple y cristalina como "quedan dos manzanas" o "en la canasta hay ahora cinco huevos".

El cuaderno con su colección de inmejorables líneas azules, nítida caligrafía, y márgenes invariables llegaba a las manos de la maestra ofreciéndole conspicuas manifestaciones de lealtad y obediencia que ella buenamente confundía con admiración mostrándole a su alumna los modos más efectivos de maquillar y emplear las formas más y menos sutiles de la adulación.

Como a su alumna, a la mujer también le provocaba un inmenso placer verse invocada desde lo alto. En este sentido, Liliana Pastorino se veía a sí misma como la conclusión necesaria de la obediencia y lealtad que inspiraba en Ana y leía en el escrupuloso orden de cuerpo, pupitre y cuaderno los primores propios de la buena infancia que, guiada con mano firme, un día aflorarían en la meticulosa belleza femenina que refleja en pulcritud, buenos modales y buen gusto los

hábitos de guardapolvo almidonado, pelo sumiso y lápices rosas junto a todos los otros encantos de la infancia de las nenas.

Entre los primeros cuadernos que llegaron al final de la hora de matemática en que la señorita Pastorino le dio a resolver a sus alumnos un problema que giraba en torno a una compra de chocolates en un quiosco de barrio y a un vuelto mal calculado, llegó el de Nino que, con algo de experiencia en esos menesteres hizo el cálculo mentalmente y anotó el resultado en cuanto la maestra terminó de dictar el enunciado. Un poco más abajo, por cortesía, Nino ofreció la solución matemática en la forma de un cálculo en letra veloz e irregular. Entre las manos de la maestra, esta alteración fue fértil.

La señorita Pastorino levantó la mirada del cuaderno de Nino y saboreo por un instante la ira completa que le quedaba por degustar. Luego, actuando con desparpajo una ironía violenta de la cual, simultáneamente, daba inequívoca evidencia de ser incapaz, dijo: "Como de costumbre el Señor Brutó, haciendo honor a su apellido, hace las cosas a lo brutó y hoy nos ofrece una forma novedosa de resolver los *problemitas* de matemática."

La señorita Pastorino llamó a su alumno a pasar al frente y con el chico parado a su lado

enfrentando la clase, alzó como una presa muerta el cuaderno abierto y alentando a sus huestes a ser testigos y cómplices de su juicio severo y terminal dijo: " Al señor Bruto le pareció apropiado presentar primero la conclusión y luego la deducción. Señores" levantó la voz la mujer y retorció el ceño para subrayarle la tortuosa severidad del caso al resto: "No seamos brutos." Una breve pausa le permitió a los niños reír alborotadamente por un instante suficientemente largo para que Nino enfrentando a sus compañeros de clase sintiese las estocadas así como la profundidad de los cortes. Prosiguió la señorita Pastorino: "Primero se enuncia el problema, luego se presenta la solución matemática y al final se presenta la conclusión. Este orden de cosas es sagrado y no debe jamás ser alterado." Una nueva pausa pero esta negra donde solo palpitaban las veintitrés voces audiblemente enmudecidas y después:

"¿El señor tiene algo que decir?"

"No me llamo Bruto, me llamo Nino Brutó." contestó acentuando el linaje francés de su nombre que las lealtades populares que profesaba la señorita Pastorino le hacían instintivamente detestar.

Nino no tenía forma de entender la violencia de la defensa que, incluso con el pecho

hundido, la vergüenza estrangulándolo y la mirada buscando un lugar para esconderse de los ojos inquisitivos de Ana entre las tarimas del piso, acababa de montar. En el aula volvió a romper el estruendo de risa pero ahora con un eco mucho más salvaje que el anterior. "Silencio" gritó la señorita Pastorino con la cara resplandeciendo en el calor de la afrenta y la risa murió aplastada por la obediencia.

"¿Así que usted es gracioso?" preguntó la mujer con una calma preñada del rencor que nace y se alimenta con las derrotas imprevisibles.

Pero aunque Nino no encontraba nada suficientemente gracioso en su respuesta capaz de provocar la risa que acababa de oír, entendió que de esa respuesta y el eco en la risa de la clase había nacido en la señorita Pastorino una ira más profunda que la que habitualmente desataba el asco que le provocaba a la maestra.

"No, señorita Pastorino." no llegó a decir Nino.

"Cállese la boca." dijo la maestra.

Al levantar la vista por un instante para medir el extraño silencio que se había abierto frente a él, Nino encontró los ojos fulgurantes de Ana deslumbrada por el primer acto de heroísmo que jamás había presenciado. Nino nunca se

había sentido observado con una atención tan absorta. Incluso el ojo clínico de la Señorita Pastorino parecía negligente y omiso en comparación a la mirada asidua de su compañera de clase. Pero quizás lo más notable era el esbozo de sonrisa que el rostro levemente dislocado parecía esconder. No había rastros de las carcajadas de terror y de burla que habían sido erradicadas hacía solo un momento entre sus compañeros sino que en algún lugar del rostro por el que ahora Nino se sentía iluminado había brillado por un brevísimo instante un destello de beneplácito. Rodeado por todos los flancos por la animosidad, condenado por el error y enfrentado por pupilas hambrientas esperando con ansias la estocada final que Pastorino prometía en el tono victorioso con el que había levantado el cuaderno muerto sobre su cabeza para que todos vieran el precio de la mala crianza, en una simple frase que aparentaba no tener más función que presentarlo, Nino Brutó había desoído con perfecta irreverencia la corrección que la señorita Pastorino había ofrecido como ocasión para el fustigamiento público mostrándola como una excusa. Era por eso que el simple acto de pronunciar su propio nombre también había hecho manifiesta la

verdadera pasión de la mujer que lejos de ser la pedagogía matemática, era el doblegar la indisciplina y sus voraces apetitos. Si a Ana Lozano le había sido imposible precisar y trazar esta expresión de heroísmo nutriéndose de la más inimaginable adversidad para asestar un golpe brutal y despiadado como el que acababa de ver a Nino asestar, la osadía y la bravura con la que el chico había ganado esta batalla le era presentada con la claridad, la rectitud, la prolijidad y la circunspección que eran los matices y acentos propios del lenguaje que mejor entendía.

Desde su atalaya y a través de la bruma de su cólera, Liliana Pastorino también vio las reverberaciones de algún tipo de contento en la cara de Ana Lozano y sintió la furia proliferándole por el cuerpo en un hormigueo férvido que buscaba su boca en un temblor volcánico.

Incrédula reconoció el poder prodigioso de su némesis que además de imponer la soberanía del nombre por encima de los gustos y antojos armados de los instrumentos de las instituciones, de la autoridad moral de las buenas costumbres y sirviéndose del servilismo de sus vasallos, había subvertido el orden de fuerza con el que Pastorino había

reinado haciéndose también de la lealtad de su protegida y dilecta.

La maestra peleó desesperadamente en ambos frentes sabiéndose en desventaja pero después de unos segundos que pudieron haber sido inviernos enteros, la compostura educada por la buena crianza y la duplicidad volvió a ejercer su gobierno sobre la mujer y su ingenio que apresuradamente liberaron a los niños al sol de la media mañana del patio.

La página del cuaderno donde Nino había recalculado el vuelto, exhibía como todas las otras páginas, numerosos rasguños de tinta roja que indicaban los varios lugares donde la señorita Pastorino había intentado arrancar las malformaciones conceptuales que se multiplicaban en los ejercicios de su alumno. A Nino, que volvió del recreo de las once acompañado por el terror a la indefectible revancha, le sorprendió no encontrar rastro evidentes de la conflagración ni en las superficies visibles de la señorita Pastorino ni en las páginas de su cuaderno, que apenas mantenía el régimen habitual de flebotomías salutaris sin rastro alguno de hostilidad o avenencia: el resultado de su cálculo era correcto, el ejercicio de matemática no.

La señorita Pastorino había encontrado la calma luego de infligir una espantosa herida en el cuerpo hasta entonces indemne del cuaderno de Ana Lozano. La lesión era mínima pero abierta en la blancura inmaculada del catálogo de adulación mutua de maestra y alumna, la nota en letra cursiva colorada directamente debajo de la respuesta que Ana había ofrecido al problema, era particularmente grotesca. Como otras veces la respuesta había sido errada pero esta vez la prolijidad no había sido suficiente para compensar la falta. La señorita Pastorino tachó el resultado propuesto, escribió el monto del vuelto que el comprador debió haber recibido del quiosquero y agregó una nota: "¿'Usted también, Lozano? Repita." A la nena, el horror de la pérdida irremediable se le ató al pecho restringiendo la respiración y llenándole los ojos de lágrimas mudas que la señorita Pastorino recibió desde su escritorio como ofrendas penitenciales.

A la mañana siguiente, al sentarse en su lugar habitual, Ana, como en ciertas pesadillas recurrentes que tendría muchos años después, se encontró en terra incognita. La geografía de intimidad que la señorita Pastorino había construido solo para las dos había dejado de existir. El paisaje donde una mañana antes

habían florecido promesas era ahora un desierto árido que la atención de la maestra había abandonado para partir en busca de otras devociones ardientes en la segunda fila de bancos que repentinamente había aparecido en lo que solía ser el territorio sombrío de su desinterés. El horror que había escapado del cuaderno el día anterior era ahora una tristeza densa que la cercaba con la misma lealtad celosa con que lo había hecho la predilección de la maestra que ahora fingía no ver con buenos ojos los ojos empañados de Ana.

Fue por esos días que Nino vio por primera vez a Ana girar la cabeza exponiendo su cara oculta en donde no quedaba rastro ni del sosiego de otros tiempos ni de la admiración con que lo había mirado durante su calvario. Se encontraron en los ojos por un instante en el que Ana dejó escapar un destello de la pena que por tanto tiempo lo había agobiado a él. Nino hubiese querido darle amparo, abrazar la pena, guiarla en el raro arte de su uso pero la distancia que los separaba no había dejado de ser infranqueable y por lo tanto, incluso sintiendo el eco de una pena hermana de la suya, el chico no pudo más que resignarse a ver a Ana desdibujarse a lo lejos.

No fue solo la triste compañía lo que apaciguó la pena de Nino. La misma distracción de la señorita Pastorino que mantuvo cautiva a Ana Lozano fue la que liberó por un tiempo a su compañero de clase. Nino encontró cierto amparo en la negligencia de la maestra mientras Ana sufría viendo sus bordes y su nombre diluirse en el aire adulterado en el que ahora también se oían los nombres de Delfina Zamorano, Cecilia Cosich y Martita Ferrer. Un par de años después, la señorita Garófalo que heredó el contingente de alumnos con sus estratos de idoneidad moral, estética y cívica así como sus torpezas, oprobios e indignidades intactos, bautizó a esta masa amorfa de primores que flotaba en torno a la primera fila de bancos "la princesa" incluso si como todos los demás, Garófalo también sabía que eran cuatro personas diferentes.

Fue Delfina Zamorano quien proporcionó la oportunidad para la rehabilitación de Ana Lozano y su reintegración al cuerpo de lo bueno y de lo lindo. Un lunes después del almuerzo, Nino entregó la tarea de redacción que la señorita Pastorino había asignado el viernes al final del día. Escribiendo una impresión extraña que había germinado en las profundidades oscuras en las que se escondía inmóvil mientras la señorita Pastorino le

gritaba, Nino empezaba sus tres párrafos sobre los padres con la siguiente frase: "El miedo y la tristeza son padres feos pero a veces tienen hijos lindos." Escuchando el eco de la intolerable voz de Nino en la lectura silenciosa de la frase absurda, la maestra recordó a su alumno y la luz en que lo veía. Leyó un par de líneas más y se levantó de su silla con el cuaderno de Nino en la mano.

"Vamos a prestar atención por un instante." El silencio fue la respuesta espontánea al llamado inesperado. "El viernes a la tarde les di como tarea para el fin de semana una redacción sobre los padres. Como era de esperarse, el señor Brutó nos vuelve a ofrecer un ejemplo de todo lo que no hay que hacer así que agradezcámosle la lección y escuchemos con atención." Acentuando el grotesco con cadencias innecesarias, declives lerdos y tortuosos y signos de interrogación impuestos sobre simples oraciones enunciativas, la señorita Pastorino empezó a leer la injuriosa prosa haciendo todas las pausas necesarias para darle lugar a la carcajada cruel. Nino sentado contra la pared se supo nuevamente visible y en su desesperación buscó los ojos de Ana en la primera fila pero solo encontró la nuca hermosamente peinada con su trenza centinela. Algunos de sus compañeros

giraban en dirección a Nino para mostrarle la burla que sostenían entre los dientes.

Cuando la señorita Pastorino dio por concluido el ejercicio de penitencia, los alumnos salieron al patio. Uno de los últimos fue Nino que fue a buscar un lugar en donde sentarse en silencio en la margen opuesta del patio. Allí lo encontraron Delfina, Cecilia y Martita seguidas, no muy lejos, por Ana. Nino levantó la vista y encontró a las tres nenas con los cabellos serpenteando en el viento del primer otoño. Con una dulzura aterciopelada, Delfina preguntó:

-¿Bruto, por que sos tan bruto? Cecilia y Martita trajeron la carcajada que Nino creía haber dejado atrás en el aula.

-Por que un bruto es un bruto. Dijo Anita Lozano siendo lentamente absorbida por el cuerpo de la princesa.

Desde su escritorio, la señorita Pastorino podía leer la ofensa y el abatimiento y en ambas veía la recuperación de Ana Lozano, su triunfal metanoia.

Nino volvió a su banco con la visión algo desdibujada por unas últimas lágrimas de las que no se había podido deshacer y la señorita Pastorino le pidió a Ana Lozano pasar al frente para leer los tres hermosos párrafos de Mamita.

